



## Los congresistas de Telecomunicación.

*Como acto de despedida del Congreso Internacional de Telegrafía y Radiotelegrafía que ha venido celebrándose en el palacio del Senado, se ha verificado un banquete en honor de los congresistas. Asistieron los ministros de la Gobernación y Hacienda, el nuncio de Su Santidad, el subsecretario de Comunicaciones y otras significadas personas. (Foto Alberó y Se-govia.)*

brian cortado de raíz los críticos teatrales en su gran mayoría y los profesionales de la Prensa en su casi totalidad. ¡Qué le vamos a hacer! Yo no aspiro al campeonato. Me conformo con matar el tiempo y divertirme. Eso, pese a unos y a otros, lo consigo. Y para mí es lo esencial. Pues, a pesar de ser sólo un aficionado, confieso que en los meses que acaban de transcurrir he sentido, no una, sino docenas de veces, verdadero rubor, auténtica vergüenza, asco legítimo, ante el espectáculo que estaban dando al país y al mundo entero muchos ciudadanos que han hecho una profesión del periodismo y que estaban obligados a velar por su decoro y el prestigio de la clase. Hace ya mucho tiempo que, por culpa de unos y debilidades de otros, y tolerancias de éstos y aquéllos, había perdido la clase su virginidad. Yo comprendo que en una profesión tan llena de peligros y de tentaciones es difícil conservarla en bloque. Pero, aun así, siempre se había procurado guardar las formas.

Esta vez, hasta las formas se han arrinconado deliberadamente. ¿Han podido más el odio y la envidia que el instinto de solidaridad? ¿Ha sido tal vez un fenómeno de mimetismo para ponerse a tono con la desenfrenada ordinariez que gana cada día más terreno? ¿Quién sabe? Lo cierto es que el espectáculo que ha dado en estos meses un sector de la Prensa española, que ha monopolizado accidentalmente el contacto con el público, no puede ser más lamentable. El adjetivo es blando. Pero un aficionado no puede pontificar. El lector, que en estas cuestiones es el árbitro inapelable, se encargará de endurecerlo.

Ocurre en los sucesos de agosto. Un plumazo ministerial hace enmudecer a los periódicos de la extrema derecha, de la derecha a secas y de la izquierda más cercana a la derecha. Y ello en toda España. La protesta de la Prensa que quedaba en pie debería haber sido instintiva, mecánica. En el ruedo de la plaza de toros, y cito este ejemplo por español, el matador que ve en peligro a su más odiado rival, al que ni siquiera dirige la palabra, corre con el capote abierto a salvarle, sea como sea, cueste lo que cueste. ¿Qué sucedería si no lo hiciera? La pita estruendosa del público habría de herirle menos que la voz de su conciencia. Esa fuerza irresistible, que hace desaparecer los odios, que anula la reflexión, que es incompatible con el cálculo, se llama

vergüenza, decoro, pundonor profesionales.

Y esta vez, en el caso de la Prensa suspendida, ha podido más el odio, ha triunfado la reflexión y las cifras han nublado las conciencias. Ya está bien. Pero aún hay más. No les ha bastado romper con la tradicional solidaridad, sino que, además, se han complacido en desmentir la hidalguía española. Al vencido no se le pisotea, al indefenso no se le insulta, al desgraciado no se le zahiere. Esto era lo español, lo noble, lo de la raza. Era, por lo visto. Porque ahora hemos presenciado cómo desde esa Prensa, que no tenía enfrente quien les diera la réplica, se insultaba de la manera más soez y menos refinada a unos hombres que se habían jugado su vida y su libertad por un ideal, equivocado o no, pero ideal al fin y al cabo. Había caído sobre ellos el peso de la ley, y esto, por lo visto, no les bastaba. Aprovechando, con ventajas de jugador fullero, la impunidad que les brindaba las circunstancias, se dedicaron día tras día a la incalificable tarea de verter su baba sobre la desgracia. No se acordaron para nada—o si se acordaron fue para encogerse de hombros con cinismo—de que había hogares entulados y llantos silenciosos y tragedias incontables, y que esos llantos, y esos lutos, y esas tragedias eran españolas. La triste o dura labor de la represión, menester exclusivo del Gobierno y de la autoridad, la agravaron ellos con una campaña doblemente odiosa, primero por inhumana y luego por innecesaria, ya que no había enfrente ninguna Prensa que pudiera dar calor a lo que el fracaso había enfriado.

Repito que son estas reflexiones en voz alta de un modesto aficionado. Como tales, quizá no tengan importancia; pero tengo la seguridad de que estas mismas reflexiones las han hecho durante esta etapa muchos millares de españoles que han contemplado atónitos este espectáculo y en lo más íntimo de sus conciencias han juzgado ya este proceder de una parte de la Prensa española, y esto sí que puede tener importancia.

Porque, como decía antes, en este pleito el que sentencia es el lector. Y éste ha tenido reiteradas ocasiones de medir la distancia que hay entre los caballeros de la pluma y los pecheros de la estilográfica.

HONORIO MAURA

## POLITICA Y EDUCACION

### Ilusiones corrientes

Sabido es que nuestros legisladores de 1812 creyeron del caso dejar solemnemente consignado en la primera Constitución de España como una de las "principales obligaciones" de los españoles: la de "ser justos y benéficos", parejamente a como se imponían a sí mismos el deber de "dictar leyes sabias y justas".

¿Por qué nos hace sonreír hoy este rasgo reputado de ingenuidad? ¿Por qué encontramos chocante esta apelación a la sabiduría, a la justicia, a la bondad en el Estatuto fundamental de la vida de un país? ¿Es acaso por estimar impertinentes semejantes valores en la ordenación jurídica de su vida? ¿No será más bien por aparecernos ocioso e inútil el intento de inyectarlos en el organismo nacional a través del artículo tantos de un Código?

En esta risible pretensión, no obstante, se incurre tácitamente cuando se presume de hacer una obra radicalmente renovadora—eso que se llama enfáticamente una "revolución" de arriba o de abajo—sin más programa que el de subvertir el artilingo de las instituciones políticas, manteniéndose en su ingenua idiosincrasia nacional los ciudadanos encargados de ejercerlas o utilizarlas. No soy yo de los que propugnan sin reservas la llamada "indiferencia de las formas de gobierno" para la buena marcha de un país; pero aún me parece mayor error el de los que llegan a cifrar en una nueva "estructuración" del mismo la total esperanza de su regeneración. Pensar que lo que se llama vulgarmente un "cambio de régimen" vaya a traer automáticamente consigo la solución de los problemas nacionales, es caer en la eterna ilusión del enfermo, ya desesperado, que encomienda el alivio de su dolencia a un simple cambio de postura.

En el fondo, las condiciones de normalidad de una vida política no difieren esencialmente de las que encierran el secreto de la pujanza de la vida en general. Toda vida es una ecuación entre el ser vivo, o medio llamado interior, con el ambiente, o medio exterior, en que se desenvuelve. En esta ecuación—o adaptación, como técnicamente suele llamarse—es a veces el medio interior